

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

Daremos cuenta en esta Sección de los libros cuyos autores ó editores nos remitan dos ejemplares.

Gil Luna, Artista, se titula el libro que nuestro querido amigo, el notable literato y castizo prosista Luis Rodríguez Embil, ha publicado recientemente en Madrid editado por la casa M. Pérez Villavicencio.

El libro encierra verdaderas bellezas y primores de gracia. Así lo han dicho todos los periódicos que de él se han ocupado.

Nosotros aun no lo hemos leído; cuando lo hagamos hablaremos de él despacio como se merece.

Hoy damos á nuestros lectores, un artículo del mencionado libro, para que se deleiten paladeándolo.

MULTA PAX IN CELLA...

Se irguió el Hermano, pasándose los dedos, finos y ardorosos, por la pálida frente. Había estado durante más de cuatro horas sin alzar los ojos de la tierra, absorto en la oración. Su austeridad, admirable y obstinada, complacíase en estas santas mortificaciones. Sus rodillas eran dos llagas dolorosas; su cuerpo, extenuado, parecía pronto á evaporarse. Y, con todo eso, no podía el asceta arrojar de sí al Demonio, que perverso y más obstinado aún que él, le atenaceaba sin cesar el espíritu con el tridente cortante del recuerdo.....

Empezara á orar el Hermano casi á mediodía; ahora, al alzar él la vista, ya un crepúsculo tibio, voluptuoso, color de leche y rosa, iba invadiendo el mundo. Desde la celdita blanca y desnuda—blanca y desnuda como la encarnación del tercer enemigo del alma—divisábase un paisaje sereno de verano. Las montañas, al frente, eran como senos de mujer, envueltos y blanqueados por néveas y leves gasas de nubes. El sol moría tras ellas. En uno de los muros del convento piaban algunas aves...

Mas en el lecho atormentado del joven candidato á la Santidad no penetraba la dulce paz de las cosas y los seres. La remembranza de la adorada ausente seguía mordiendo implacable, á despecho de los ayunos, de las esperanzas, de las viglias. La tristeza infinita de amar llenaba, como una onda más acerba que las ondas del Oceano, el corazón del asceta. Y á sus labios, eternamente sellados por la castidad, subía en aquel atardecer divino un sabor maldito y culpable de furibundos besos.

Cuanto veía el eremita, cuanto escuchaba, cuantos perfumes campesinos respiraban sus pulmones cansados, todo era cómplice de Satanás. Cerró los ojos, decidido á vencer al Enemigo, y oró largamente, desesperadamente. Y tratando de hacerse sordo insensible al mundo externo, no podía dejar de sentir su sangre correrle por las venas con prisa insólita, caliente y arrebatada como un torrente de vida, engendrador de pecados... La plegaria moría en sus labios, seca é incolora, como flor de abominación.

Entonces, buscando amparo, tornó á abrir los ojos, los fijó en lo alto, último refugio de su alma...

Pero súbitamente se estremeció el Hermano, y volvió á inclinar hacia la tierra el cuello exangüe, empapado en un sudor de hielo. En las nubes que vagaban por el aire cálido de la tarde moribunda había creído ver, risueña y dulce, tendiéndole los brazos, la imagen de la ausente...

Luis RODRÍGUEZ-EMBI.